

## Tres cuentos no recogidos de Amado Nervo

Ahora que la narrativa de Amado Nervo ha vuelto a las prensas y a ser materia de estudio en antologías, ensayos y tesis académicas que descubren otros rasgos del cuentista y autor de novelas cortas,<sup>1</sup> acaso debamos seguir con mayor acuciosidad las huellas hemerográficas de su narrativa de juventud. Lejos de lo que se creyó por mucho tiempo, esta etapa no se limita a los cuentos y prosas autobiográficas difundidos por Alfonso Méndez Plancarte en *Mañana del poeta* (1938) ni a los “Cuentos de juventud” recogidos en las *Obras completas* de 1952. Hoy se tiene la certeza de que entre los días seminarísticos de Zamora, Michoacán (1886-1891) y los primeros relatos en los diarios de la ciudad de México (1894) se ubica la iniciación modernista de Amado Nervo en Mazatlán, Sinaloa (1892-1894).<sup>2</sup>

Para asimilar la estética predominante del *fin du siècle* decimonónico, el escritor novel vivió un rito de pasaje en las prensas de un modesto vespertino de dicho puerto del Pacífico mexicano: *El Correo de la Tarde*. Firmada con su nombre y primer apellido, o con los seudónimos Román y El Conde Juan, la producción nerviana de aquella estancia porteña entrelaza las primeras letras románticas y religiosas del poeta y prosista adolescente en tierras michoacanas con los poemas y prosas de sus pasos iniciales por las tertulias y redacciones de los diarios metropolitanos, a los que Nervo in-

---

<sup>1</sup> Me refiero a los trabajos de José Ricardo Chaves (1997, 2000 y 2001), Óscar Mata (1999), Carlos Monsiváis (2002), Claudia Cabeza de Vaca (2002) y Yólotl Ayatzihuatl Cruz Mendoza (2003).

<sup>2</sup> He adelantado noticias y textos sobre esta etapa nerviana en diversas publicaciones periódicas de 1997 y 1999, además del estudio general de mi tesis de doctorado (2000) y del particular que dedico a la poesía de Nervo en Mazatlán (2001).

gresará a finales de julio de 1894. Entre las cuatro páginas de *El Correo de la Tarde* quedaron sepultados, por más de cien años, poco menos de un centenar de crónicas, más de una docena de cuentos y alrededor de cincuenta poemas.<sup>3</sup>

Mientras colaboró en la edición del vespertino mazatleco, Nervo sólo publica dos cuentos con alusiones genéricas: “Mejillas que sangren (Un cuento color de rosa)” y “Sota, cinco, caballo y as (Cuento de actualidad)”. Después del 28 de junio de 1894, fecha de su salida del puerto, los otros cinco relatos que envía a Mazatlán aparecieron —en el transcurso de aquel año— en dos columnas, “Cuentos propios” y “Cuentos de París”, inauguradas en ocasión del noveno aniversario de *El Correo de la Tarde*. De manera que los otros seis cuentos pudieron confundirse —por voluntad de un autor condescendiente con su público— con las convenciones discursivas de sus crónicas “Mazatlán por dentro”, sobre todo los cuentos de ambientación local: “¡Como hay muchos!” y “Don Abundio” que, como aquéllas, cubrieron la apetencia de “actualidades” de los lectores porteños.

En cuanto a su inserción en el vespertino, el origen de este *corpus* cuentístico posee algunos rasgos comunes con varias colecciones de relatos que otros modernistas rescataron de la prensa periódica. Por ejemplo, los quince *Cuentos frágiles* de Manuel Gutiérrez Nájera compilados en 1883, diez años atrás del primer relato cabal que Nervo publica en Mazatlán: “La realidad de un sueño”. Con todo y el matiz del adjetivo “frágiles”, el título del volumen najeriano no deja de señalar la apertura intergenérica del cuento ni de revalorar la actualidad que los modernistas buscaron en el género cuando reunieron en forma de libro sus relatos más logrados e independientes de la crónica periodística. La voluntad najeriana de otorgarle autonomía al cuento en dicho volumen contradice, en la realidad pragmática de la publicación periódica de muchos otros de sus textos narrativos,

---

<sup>3</sup> Las primeras se recogen en el volumen en prensa “Lunes de Mazatlán”. En su oportunidad, los segundos se publicarán en la “Obra poética” y en la “Narrativa de juventud” del proyecto “Amado Nervo: lecturas de una obra en el tiempo”, desarrollado en el Instituto de Investigaciones Filológicas, con apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

la circunstancia transitoria en la que están compuestos con una meridiana finalidad: la de simples crónicas periódicas que comentan, saborean, diseccionan y evalúan los sucesos de actualidad o algunos acontecimientos de cuya autenticidad hoy no estamos seguros por lo novelesco o literario del tema, o por la mal disimulada mezcla de realidad y fantasía que hay en ellas (Gutiérrez 616).

Asimismo, en esta interdiscursividad Alicia Bustos Trejo observa un rasgo pertinente: “esta evasión de todo límite genérico, que Gutiérrez Nájera sentía como imprescindible, confirma la calidad que lo acerca a la literatura y lo aleja de la obra realizada con receta para un público masivo” (Gutiérrez Nájera 23).

Los cuentos mazatlecos de Nervo poseen escasas señas de identidad intertextual; en cambio, sus marcas de lectura son clara y abundantemente intratextuales. Las primeras palabras o frases presentan al personaje, anuncian el desarrollo del asunto central y —en ocasiones— detonan la acción, como se aprecia en las siguientes líneas preliminares de los cuentos referidos entre paréntesis: “Era un mozo alto, fuerte y bien proporcionado; pelirrojo, de rostro pecoso, de expresión semiestúpida” (“¡Como hay muchos!”), “Nuestras mujeres, las mujeres de la costa, son pálidas por lo general” (“Mejillas que sangren”), “La sota es maligna” (“Sota, cinco, caballo y as”), “la siguiente historia que voy a relatar con todos sus puntos y comas; con todos sus horribles detalles, para escarmiento de los amantes infieles, a quienes suplico me presten su atención” (“La bofetada”), “Lo encontré en la primera de Plateros. Vestía de negro, faz angulosa y pálida, ojos hundidos, cabellera lacia y negra. Bajo el brazo derecho llevaba un libro” (“Mi poeta”).

Igualmente estratégicos para la estructura y la verosimilitud de las sencillas tramas resultan los indicadores finales que, siguiendo las convenciones de cada relato, le otorgan verismo, humor o suspenso a la anécdota. En el primer caso, sobresale el cierre circular de “¡Como hay muchos!”: “Hay quien diga que el anterior relato es inverosímil; a mí me lo hizo un viejo cargador del muelle; y más tarde me mostró a Pedrucho que se conserva bueno y sano. Yo sólo he repetido la historia. / Una vecina de Pedrucho rectificaba lo anterior diciendo que...”.

En cambio, los cuatro relatos fantásticos recogidos de *El Correo...* ya anuncian la habilidad de Nervo para dejar un resquicio de duda en sus lectores, como sucede en “Sota, cinco, caballo y as”: “Y se dice que la sota sonríe; y que Bezugo siempre apuesta a la sota y que la sota viene siempre que Bezugo la llama, conforme a las reglas preestablecidas. / Sólo que a veces viene otra carta... por alguna ‘susceptibilidad’ de la mujer vestida de hombre. / Eso se dice”. Los marcadores iniciales de estos cuentos, y los que concluyen la acción, dejan ver a un narrador consciente de la brevedad y del efecto de unidad o impresión que había establecido Edgar Allan Poe en 1842 al reseñar *Twice-Told Tales* de Nathaniel Hawthorne.<sup>4</sup>

La de Poe bien pudo ser una ruta directa de lectura en Mazatlán, o tal vez esa influencia llegó a Nervo por medio de autores como Darío, por citar a uno de presencia comprobable en los “Lunes”. En *Azul...* son frecuentes los párrafos de entrada y cierre narrativo con la misma función estructural que les otorga Nervo: “La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una buhardilla donde estaban cuatro hombres [...] Y desde entonces, en las buhardillas de los brillantes infelices” (31-33).

La despreocupada convivencia de cánones narrativos refuerza el sincretismo de la iniciación nerviana en las poéticas modernistas del fin de siglo. No tan lejos de sus eclécticos maestros, el prosista transita en sus ordalías azules sobre el rescoldo narrativo del romanticismo hispánico en “Amores mudos”, “Un divorcio imposible” y “Feo y bueno”, cuentos que debieron conmovir el sentimentalismo de las infatigables lectoras del folletín de *El Correo...*

En menor proporción, se aprecian motivos deterministas en “¡Como hay muchos!” y “Don Abundio”. Sin duda, estos son los relatos más cercanos al naturalismo de *Pascual Aguilera (Costumbres regionales)*, la *novelle* nerviana firmada en 1892. Pero las seme-

---

<sup>4</sup> Véanse ahí mismo las notas y la “Introducción” de Julio Cortázar sobre las repercusiones críticas de la famosa reseña a los *Cuentos contados otra vez* de Hawthorne.

janzas entre aquéllos y ésta terminan donde empiezan las frases cortas y los diálogos breves de “¡Como hay muchos!” y “Don Abundio”, sobre todo las del primero. Al prologar *Pascual Aguilera* Nervo advirtió que

*In illo tempore* amaba yo los periodos extensos, los giros pomposos, el léxico fértil, y me enamoraban las ideas revolucionarias por el simple hecho de serlo [...] Más recordando que fue escrito con amor y entusiasmo, de acuerdo con el paisaje que me rodeaba, y que si hay en él rudezas y colores vivos, son los vivos colores y las rudezas de mis trópicos (1962 I 157).

La justificación de Nervo trata de distanciarse de los compromisos estéticos con el naturalismo y con los ideológicos del cientificismo positivista. En efecto, ni éstos ni los “periodos extensos” son fácilmente ocultables en *Pascual Aguilera*, por citar la novela cronológicamente más cercana a los cuentos de Mazatlán:

Pertenecía a esa familia de matronas cristianísimas, prudentes, hacendosas y longánimas para con los desheredados que [...] van desapareciendo por desgracia en México, dejando en su lugar a esa turba de hembras descuidadas, anémicas y vanas como las nueces tempranas, que sostienen con el andamiaje de emulsiones y vinos reconstituyentes el valetudinario edificio de su salud, y ponen de manifiesto a cada paso su endeblez moral, más lamentable aún que su desmedro orgánico (AN, *Obras*, I: 161).

Productos del observador social que mataba el tedio veraniego de Mazatlán recogiendo apuntes de tipos populares en el muelle, o rasgos físicos, ademanes y poses sociales en el casino, las narraciones plenamente realistas de Román —“Mejillas que sangren”, “¡Como hay muchos!”, “Caricias que matan” y “Don Abundio”— son el germen de unas reflexiones teóricas sobre el cuento realista que, con el tiempo, Nervo insertará en un relato de madurez: “Es cierto que para escribir un cuento suele no necesitarse de la imaginación: se ve correr la vida, se sorprende una escena, un rasgo, se toman de aquí y de ahí los elementos reales y palpitanes que ofrecen los seres y las cosas que pasan y ya se tiene lo esencial” (1962 I 270). El verismo de

estas premisas posteriores convive y matiza las alucinaciones y sueños admonitorios de los incipientes atisbos fantásticos de “La realidad de un sueño”, “Sota, cinco, caballo y as”, “La bofetada” y “El coscorrón”. Estas expresiones inaugurales de la narrativa fantástica de Nervo se vinculan con el cuento de miedo y reflejan tanto sus lecturas de Maupassant —ocasionalmente comentadas en un par de crónicas mazatlecas— como la paulatina desintegración de los dogmas católicos del Bachiller en un mundo secularizado que Nervo descubre con fascinación en Mazatlán.

GUSTAVO JIMÉNEZ AGUIRRE  
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

## Sota, cinco, caballo y as<sup>5</sup> (Cuento de actualidad)

La sota es maligna.

Como el pulpo de que habla Dionicio Momprt, a quien cita Víctor Hugo, tiene casi pasiones.

Hasta hace poco se creía que la sota pertenecía al género masculino. Nada más absurdo que esto. La sota es mujer y ya se sabe que la mujer de malos instintos los tiene más refinados que el hombre.

La sota tiene malos instintos.

Es sin embargo protectora de los que la aman; nunca falta a la cita, salvo que frente a ella esté un cinco. El cinco es invencible; apostad a él toda vuestra fortuna; pero cuidado de no repetir seis veces la apuesta: el cinco viene cinco veces seguidas y falla una; cuando tiene por antagonista un tres y ha venido ya dos veces, deja de venir una tercera; rinde así homenaje al tres. El as y el cinco son igualmente poderosos. Cuando un albur se compone de as y cinco es peligroso apostar. En ese caso deben sumarse los valores de ambas cartas: as y cinco son seis; luego, sin ver el lugar en que están colocadas o procurando olvidarlo, decís, señalando respectivamente uno y otro compartimiento de la carpeta: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis: ¿En qué lado dijiste seis?, pues ahí apostáis los seis pesos.

No es preciso por lo demás que sean seis pesos; pueden ser sesenta, seiscientos; seis unidades, seis decenas, seis centenas, la cuestión es que el seis norme la cifra.

El caballo es generoso, valiente, cumplido: id siempre al caballo, menos cuando llevéis por contrarios a la sota, el cinco, al dos o al as; pero sobre todo al dos: un albur de dos y caballo, *se vuelve loco*, es como una balanza que tiene mal arreglado el centro de gravedad.

El rey viene contra el seis, cuando son del mismo *palo*; de otra suerte el seis os desplumará. Patas de sota, dos seguro; así pues, cuando hay cuatro cartas en la carpeta y las dos primeras son sota y cuatro por ejem-

---

<sup>5</sup> *El Correo de la Tarde*, 14 de mayo de 1894, pág. 1.

plo; y las dos segundas dos y seis, digamos; fijaos si el dos salió primero que la sota, o la sota primero que el dos; en el primer caso id todo lo que tengáis al dos contra el seis; vendrá indefectiblemente.

Nunca vaciléis en un albur; id a la carta que primero se os ocurra: las cartas son “celosas”; gustan de que vuestra preferencia sea indeliberada, rápida y decidida.

En general, las cartas tienen alma; salvo las menores de bastos; alguna vez esta alma es de “cera”: ¡muy sensible, y entonces su protección para vosotros es menos decidida; ¡por aquello de las susceptibilidades!

Con tal caudal de conocimientos, cualquiera gana y se hace rico, y mi amigo Pedro Bezugo, oído que hubo lo anterior de los labios venerables de un tahúr viejo y vivo, aunque por viejo sabía más que por vivo, como el diablo que no sabe tanto por diablo sino por viejo, Pedro Bezugo, digo, se dirigió a la partida con veinte pesos en la bolsa y cinco mil en la imaginación. Cuando llegó no pudo menos de lanzar una mirada compasiva a los Monteros; ¡pobres! —se dijo— ¡los voy a partir y no lo saben! Luego entróle más compasión y murmuró: “¡No, les ganaré sólo mil pesos, es suficiente!”; y con la expresión protectora del portugués del cuento que al pisar tierra después de una larga navegación, sintió un temblor y exclamó: “non tembles terra que no te fago naa”, mi amigo tomó asiento frente a la mesa encarpetada de verde; ¡color de esperanza!

Y jugó con ahínco; pero sin apuntar jamás a la sota ni contra la sota: no sabía por qué tenía miedo a aquella señorita de pantalones: las mujeres que se visten de hombres no son buenas: testigo George Sand, que según el padre Coloma era el mismo diablo, aunque un diablo de mucho talento...

Pero es el caso que, a poco andar, no había albur en que no saliese la sota. ¡Diantre de mujer! y si ir en contra de ella era peligroso, ir con ella, era repugnante para Bezugo...

—Pecho al agua —se dijo. Y se decidió por lo primero.

Y perdió los veinte pesos más veinte de caja.

—Amigo, ¿qué tal te fue? —preguntó a Pedro Bezugo, el anciano y venerable tahúr, cuando poco después de lo ocurrido, lo encontró en la explanada tomando fresco, pálido y sudoroso.

Bezugo narró al viejo su lamentable historia.

—¡Venganzas de la sota! —dijo con profunda convicción el tahúr.

—¿Y qué debo hacer para contentarla?

—Sólo hay un medio: clavarla en la cabecera de tu cama, a guisa de santo.

Desde aquella noche, Bezugo tiene en el sitio indicado una sota de

copas atravesada por un clavo, da lástima ver a esta Dolorosa de nuevo cuño.

Bezugo, antes de ir a la partida, hácela una deprecación:

—Oh sota misericordiosa —exclama— no vea yo tu rostro airado.

Y se dice que la sota sonríte; y que Bezugo, siempre apuesta a la sota y que la sota viene siempre que Bezugo la llama, conforme a las reglas preestablecidas.

Sólo que a veces viene otra carta... por alguna “susceptibilidad” de la mujer vestida de hombre.

Eso se dice.

Román

## Cuentos propios

### La bofetada<sup>6</sup>

Dicen que Luisa murió de amor, como la “desdichada Elvira”, de Espronceda, y aunque yo no afirmo tal cosa, porque me parece bastante extraño que en pleno siglo XIX haya alguien que por amor padezca hasta morir, no me atrevo sin embargo a desmentir el hecho, del que aún pueda dar fe el amante de Luisa. Éste, horriblemente conmovido, me refirió no ha mucho la siguiente historia que voy a relatar con todos sus puntos y comas; con todos sus horribles detalles, para escarmiento de los amantes infieles, a quienes suplico me presten su atención.

Basta de prólogo.

—Yo, me dijo Paco, todo tembloroso, amaba tiernamente a Luisa; ella, por lo consiguiente, y todo hubiera ido bien si una morena endemoniadamente bonita, que se interpuso en mi camino, no lo hubiera dispuesto de otra manera.

Verla y amarla fue todo uno; bastó un guiño de aquella mujer para que yo me constituyese su esclavo *in eternum*, y olvidase por ende a la encantadora rubia que por tanto tiempo fue mi único y verdadero amor. Cuando ésta supo mi infidelidad, lloró, gritó, se desesperó y dejó de comer al grado que enfermó y como no quería curarse ni recibir consuelos de ninguna clase, pronto su malestar se convirtió en grave dolencia que la condujo al sepulcro. Apenas supe la noticia de su muerte, el remordimiento más espantoso se apoderó de mí; una voz interior parecía decirme: ¡infame, tú la mataste! Recordaba a mi pesar las horas más o menos agitadas que al lado de aquella mujer había pasado, y sobre todo vibraban tenazmente en mi oído ciertas palabras que Luisa me dijera una vez: “si me fueras infiel algún día, sería capaz de venir aún de la tumba y abofetearte”.

—Oh, aquella sí que era mujer...

---

<sup>6</sup> *El Correo de la Tarde*, 25 de junio de 1894, pág. 1.

—Preciso es, si he de ser sincero, que te confiese, amigo mío, una debilidad.

Aunque el remordimiento atormentase mi espíritu duramente, como te digo, más que el remordimiento, me atormentaba no obstante el miedo; sí; tenía miedo de que mi víctima cumplierse su promesa y viniese a abofetearme.

Eran las once de la noche y no podía conciliar el sueño. A cada paso imaginaba ver entre las sombras el fantasma pálido de aquella mujer, pidiendo, como la sombra del rey Hamlet, venganza cumplida.

Por fin, desesperado, dejé el lecho y me vestí. Había resuelto ir a la casa de Luisa; pasar aquella horrible noche a su lado; era un capricho de loco. Así, al menos, me decía, la estaré viendo ahí, tendida, inerte, y al menor asomo de movimiento del cadáver, echaré a correr; ¡la desafié a que me alcance y me abofeteel!...

Lo hice como lo pensé: me dirigí a la casa y antes de llegar vi escapar por las ventanas abiertas, la luz de los cirios, bañando de divina claridad las aceras y el muro de enfrente. Me detuve en una de las ventanas y miré a la muerta; vestida con traje blanco y cubierta de flores. Cuatro cirios colosales ardían en los cuatro ángulos del cuarto, cuyo ambiente impregnado de cloro, hacía daño.

Estaba en aquel momento casi sola, pues no la acompañaba más que una viejecita que masculaba padre-nuestros en un rincón.

¡Oh, Dios mío!, tuve valor para entrar y acercarme al lecho; me apoyé sobre una de las columnas metálicas que sostenían el pabellón y me puse a contemplar a la muerta. Tenía los ojos, aquellos ojos azules y grandes profundamente abiertos, como si contemplasen con espanto la eternidad; las mejillas hundidas horriblemente, las manos unidas palma con palma, como en actitud de orar, y atadas por la muñeca con un débil listón azul, rígidas, huesosas, amarillentas; el vientre ligeramente levantado por los gases y el extremo de los pies calzados con blancos zapatos, asomándose apenas entre las flores pálidas que manos piadosas habían regado en el lecho.

El mismo exceso de mi dolor y de mi espanto me hizo permanecer con los ojos fijos en las pupilas sin luz de la muerta; luego, siempre mirándola me arrodillé al pie de la cama y, presa del remordimiento más espantoso, acerqué mis labios al rostro del cadáver y con voz suplicante exclamé: “Luisa, ¿me perdonas?”

En aquel momento, ¡oh, aún me estremezco al recordarlo!, sentí que una mano helada, rígida, daba un golpe seco en mi rostro... Lancé un grito espantoso, me puse en pie de un salto y ya no pude moverme... Cuando acudieron los dolientes, halláronme ahí, de pie, inmóvil, viendo con ojos dilatados por el espanto a la muerta cuyas dos manos

antes unidas como te dije por un listón azul, yacían ahora a uno y a otro lado, destacando su palidez y flacura del fondo blanco de la colcha...

Luisa había cumplido su promesa; ¡me había abofeteado!...

Inútilmente observé a Paco que, siendo demasiado débil la ligadura que unía las manos del cadáver en posición diversa de la que tenían al principio, se había roto, y que la diestra al volver a su posición primitiva había azotado el rostro de mi amigo. Éste no quiso convencerse. Aquello era claro como la luz del día. ¡La muerta lo había abofeteado por infiel!

—Tú no conociste a Luisa —añadió—; era capaz de eso y más...

No insistí, pues era en vano.

Román

## Prosa del lunes

### Mi poeta<sup>7</sup>

Lo encontré en la primera de Plateros. Vestía de negro; faz angulosa y pálida, ojos hundidos, cabellera lacia y negra. Bajo el brazo derecho llevaba un libro.

—Querido —le dije—, ¿qué hace usted de su vida?

—Yo... soñar.

—Mal oficio —repliqué, usando la frase de Justo Sierra cuando le fue presentado Luis [G.] Urbina.

Mi poeta hizo un mohín; se acarició con la diestra la nariz najeriana y como si le hubiesen dado cuerda empezó a hablar, con entusiasmo, con precipitación, con viveza no reprimida.

—Mire usted, cuando todo se entenebrece; cuando la pupila avizora del alma no vislumbra ni un lejano futuro halagador; cuando se brega en la sombra, es preciso soñar, soñar mucho. El ensueño es la compensación, es la revancha del dolor, es...

—¿No fuma usted?

—¡Gracias! Como decía, el ensueño es el dulce lenitivo de todos los dolores, y vea usted, yo que siento en el corazón los dardos enconosos de la envidia (porque mis enemigos no me perdonan mi talento); yo que languidezco, víctima de una nostalgia de mundos superiores, indecible; yo, a quien nadie comprende, como no comprendieron a Colón, como no comprendieron a Cervantes; yo, digo, me refugio, me encastillo en mis sueños como en una fortaleza inexpugnable para todas las miserias de la vida. ¿Soy pobre? Y no es acaso mi imaginación una vara mágica que a su antojo hace surgir palacios, donde sólo imperaba la soledad y el desamparo, vergeles donde la tierra estéril no brotaba más que cardos, hadas, donde...

—Perdone usted mi querido poeta, si le interrumpo, tengo un quehacer y...

---

<sup>7</sup> *El Correo de la Tarde*, 6 de agosto de 1894, pág. 1.

—Aguarde usted, aguarde un momento. Como le decía, mi imaginación es una gran creadora, una maga, mas, ¡ay! anomalía estupenda; esa maga poderosa no puede facilitarme (porque es la poesía por excelencia) algo de vil metal, la sed de cuya posesión devora a los hombres (*aura sacra famas*) y me veo precisado a recurrir a mis admiradores. Usted, caro amigo, a quien con predilección enumero entre aquellos ¿no tendría la bondad de facilitarme una peseta? No he almorzado aún...

—Sí, mi querido poeta; tómelas usted y adiós...

—¿Nos veremos pronto?

—Probablemente no, porque... porque... vamos estoy muy ocupado.

—*Au revoir*.

—*Au revoir*, y partí murmurando: ¡Dios me guarde de los poetas hambrientos que sólo comen carne los lunes y el resto de la semana se alimentan con libélulas azules y pétalos de rosas!

Román

#### BIBLIOHEMEROGRAFÍA CITADA

- CABEZA DE VACA, CLAUDIA. “Tres tópicos simbolistas en *El Bachiller de Amado Nervo*”. Tesis de Licenciatura, México: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- CHAVES, JOSÉ RICARDO. *Los Hijos de Cibeles. Cultura y sexualidad en la literatura de fin del siglo XIX*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas / Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.
- “Estudio preliminar”. En Amado Nervo: *El castillo de lo inconsciente. Antología de literatura fantástica* (2000).
- “El donador de enigmas. Un acercamiento a la prosa fantástica de Nervo”. En *Literatura Mexicana*. Revista del Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México, vol. XI, núm. 1, 2000.
- CRUZ MÉNDOZA, YÓLOTL AYATZÍHUATL. “Acercamiento a la narrativa de Amado Nervo. *El donador de almas* (historicidad, textualidad e intertextualidad)”. Tesis de Licenciatura. Xalapa: Facultad de Letras / Universidad Veracruzana, 2003.
- DARÍO, RUBÉN. *Azul... El salmo de la pluma, Cantos de vida y esperanza, Otros poemas* (Edición de Antonio Oliver Belmás). 3ª ed, México: Porrúa, 1979.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, MANUEL. *Cuentos frágiles*. Edición, prólogo y notas de

- Alicia Bustos; advertencia editorial de Ana Elena Díaz Alejo). México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- GUTIÉRREZ, JOSÉ ISMAEL. “Manuel Gutiérrez Nájera y la crónica como género de transición o la confluencia del periodismo y la literatura”. En *Literatura Mexicana*. Revista del Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México, vol. VIII, núm. 2, 1997.
- JIMÉNEZ AGUIRRE, GUSTAVO. “Amado Nervo, un conde modernista en Mazatlán”. En *Biblioteca de México*, nov.-dic. 1997, 23-28.
- “Vislumbres de un gran sonoro”, en *Tierra Adentro*, jun.-jul. 1999, 74-76.
- “En tanto yo forjo mi revista semanal. Cuatro crónicas no recopiladas de Amado Nervo”. Presentación, edición y notas de Gustavo Jiménez Aguirre. En *Literatura Mexicana*. Revista del Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México, vol. IX, núm. 2, 1999, 523-541.
- *La iniciación modernista de Amado Nervo (1892-1894)*. Tesis de doctorado. México: Facultad de Filosofía y Letras / Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.
- “Mazatlán 1892-1894, un capítulo olvidado en la obra de Amado Nervo”. En *Memorias del Coloquio Internacional Literatura Mexicana del Otro Fin de Siglo*. Edición de Rafael Olea Franco. México: El Colegio de México, 2001.
- MATA, ÓSCAR. “Prólogo”. En Amado Nervo. *Algunas narraciones. El Bachiller, El donador de almas, Mencía*. México: Factoría Ediciones, 1999.
- MONSIVÁIS, CARLOS. *Amado Nervo. Yo te bendigo, vida. Crónica de vida y obra*. México: Gobierno del Estado de Nayarit, 2002.
- NERVO, AMADO. *Obras completas*. 2ª ed. 2 vols. Recopilación, prólogos y notas de Francisco González Guerrero [prosa] y Alfonso Méndez Plancarte [poesía]. México: Aguilar, 1962.
- *Obras completas xxx. Mañana del poeta*. Edición, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte. México: Ediciones Botas, 1938.
- POE, EDGAR ALLAN. *Ensayos y críticas*. Traducción, introducción y notas de Julio Cortázar. Madrid: Alianza Editorial, 1987.